

EL CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periodico de Literatura, Educacion, Teatros, Labores y Modas.

Los Articulos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. La Natividad de Jesucristo, por don A. Pirala.—Reto de Aben-Abdallah [poesia], por don Rafael Serrano y Alcázar.—Cartas á Julia, por doña Angela Grassi.—Herodías [tradicion], por doña María Mendoza de Vives.—Teatros, por don Diego de Rivera.—Labores, por doña Joaquina G. Balmaseda.—Modas, por doña Aurora Perez Miron.—LAMINAS: Grabado de Labores.—Segundo figurin.

LA NATIVIDAD DE JESUCRISTO.



A Iglesia, todo el mundo católico celebra con júbilo el aniversario del nacimiento del Salvador, del que vino al mundo para rescatarnos, del cordero inmaculado que dió su sangre por nosotros. ¡Qué mucho que el contento sea grande! qué el ánimo enloquezca!

Y si este nacimiento se vé rodeado de cuanto puede conmover el alma é interesar al corazón; si reflexionamos que va la madre pordioseando un albergue, y en lo mas crudo del invierno, y se le niegan, porque es pobre, y tiene que guarecerse en un miserable establo, donde si puede librarse de la lluvia ó de la nieve, no se libra del viento ni del frio; si atendemos á la soledad y el abandono en que se vé en tan críticos momentos, ¿qué madre no se conmovirá ó dejará de derramar una lágrima de ternura!

Si reflexionamos además que quien de tal manera nacia era Rey de Reyes, Hijo de Dios, no podremos menos de admirar la sabiduría del que preparó de tal manera el camino de nuestra redencion!

En medio de aquella sociedad pagana, en que la riqueza era poder, y se veneraba el fausto, nada mas elocuente que rodear, no de pobreza, sino hasta de indigencia la cuna de Jesus, que tuvo por lecho un pesebre con paja.

Pobres y sencillos pastores son los primeros que le visitan, y llevan ofrendas, y se asocian á aquellos padres para que nada les falte. La pobreza en todo,

partiendo de ella la caridad y el amor, emblema de la religion que personificaba el recién-nacido.

Pero sobre este júbilo universal debe sobresalir el de la mujer, que empezó por ver lavada por María la mancha de Eva; que vió nacer de la mujer la redencion del género humano y la emancipación suya, pero emancipacion digna. La esclava del hombre iba á ser su compañera: ya no seria considerada como sierva sino como criatura predilecta.

Y aun avanzó mas: si los que mas se acercaron á la doctrina de Jesus, quitaban á las madres el derecho de criar á sus hijos, la nueva ley se lo concede, como á la Iglesia el velar por los suyos. Ya no se insulta á la naturaleza arrebatando á la mujer el mas sagrado derecho, sino que se hace de la madre un personaje semi divino, y se manda que se la honre, y tribute el enaltecimiento que merece.

Así abrazó la mujer con tanto fervor el cristianismo, importándola mas el bien que la hacia salvando á sus hijos, que el que ella pudiera recibir; porque la madre abdica siempre de su personalidad tratándose del bien del fruto de sus entrañas.

Una religion de amor, no podia menos de tener por ferviente apóstol á la mujer. Y cuando esta religion es bálsamo del dolor, la mujer que tanto suele sufrir y llorar en la vida, halla en ella el consuelo que nadie puede darla mejor.

Pero nos desviamos de nuestro objeto que es solo asociarnos al contento universal en este dia que conmemora el acontecimiento mas plausible del cristianismo, y que celebra con mas júbilo la inocencia. Unamos á ella nuestra alegría, y la aumente el bien que hagamos al pobre, para que participe del júbilo general.

A. PIRALA.

LITERATURA.

RETO DE ABEN-ABDALLAH.

Ya en la vega pintoresca
En que se aduerme Granada
Sobre tálamo de flores,
Cual indolente sultana,
No se percibe el susurro
Que hace el Genil con sus aguas,
Pues se pierde entre los gritos
De las huestes Mahometanas.

Por do quiera se divisan
Turbantes y capas blancas
La fértil Vega cruzando
Como turba de fantasmas.

Los sectarios del Profeta
Abrigan nueva esperanza
De ver á sus piés rendidas
A las gentes del de Austria;

Y es que llevan á su frente
Al moro de mas pujanza,
Al campeón mas apuesto
De cuantos tuvo Granada.

Taciturno, á lento paso,
La mano en la cimitarra,
Sigue el valiente caudillo
La falda de una montaña;

Con un cristiano se encuentra,
En aquel punto se pára,
Y de este modo le grita,
Y de este modo le manda:

« Ven, acércate, cristiano,
»Y oye atento mis palabras;
»Mas cuida no las olvides,
»Que Aben-Abdallah te habla.»

El cristiano le obedece,
Y aunque temiendo su saña,
Frente al moro se presenta
A escucharle cara á cara.

Y en arrogante apostura,
Con la frente levantada,
La barba crespa, alto el pecho
Y en voz trémula de rabia;

Echando con desenfado
El alquicel á la espalda,
El arrogante morisco,
Pronuncia tales palabras:

«Sabes, cristiano, que siempre

»Fuí terror de la comarca;

»Sabes que tengo jurado

»Mortal rencor á tu raza;

»Mas no temas por tu vida:

»Quiero dejarte que vayas

»A decir á tu señor

»Que si en las lides pasadas

»Pudo alcanzar la victoria

»Sobre mis huestes bizarras

»Por ser débil el caudillo

»Que al combate las llevaba,

»Hoy tan solo hallar espere

»Nuestra implacable venganza,

»Que estos bravos son leones

»Y Aben-Abdallah los manda.»

Siguió el camino, y volviendo

De vez en cuando la cara,

Centelleaba en sus ojos

Todo el furor de su raza.

RAFAEL SERRANO Y ALCAZAR.

INSTRUCCION.

GARTAS Á JULIA.

XXXIII.

—Pero esa mujer, la pregunté así que volvimos á juntarnos, y así serán todas poco mas ó menos, podría nunca jamás comprender esas cosas sublimes que Vd. dice?

—Tal vez no, me respondió, porque su alma está ya embotada, pero lo comprenderian otras, y la harian avergonzar con su ejemplo práctico, y por consiguiente tangible á su vista miope, de su modo de proceder grosero y desnaturalizado.

Oh! yo no sé de qué palabras valerme, para hacerme comprender el grandioso plan que germina en mi mente, y cuyo desarrollo me parece tan fácil y tan sencillo. Perdóname, pues, si repitió una y otra vez mi pensamiento.

Ya te he dicho que yo solo pido á las madres, que enseñen á sus hijos con el ejemplo, á ser humanos, caritativos, resignados en la desgracia, moderados en el placer. Que los acostumbren á no maldecir, á no profanar con palabras soeces las cosas santas, á respetar á sus padres, á los ancianos, y hasta al árbol antiguo que sombrée su casa, hasta á la golondrina,

cuyos ascendientes construyeron desde tiempo inmemorial el nido en su tejado! Por que los sentimientos son una cadena, cuyo primer eslabon, es tal vez la complacencia del niño, contemplando las convulsivas palpitaciones del pájaro moribundo, y cuyo último se afianza en el hacha del verdugo, que debe caer sobre su cuello de asesino!

Los sentimientos son resortes que no deben dejarse enmohecer, y las cosas pequeñas sirven á este objeto. No puedes figurarte la estrecha relacion que tienen entre sí, desde el más frívolo, al más grande, al más sagrado; y si estudiáras la vida de los criminales, ó de los hombres célebres por sus virtudes, verias las mismas tendencias en el niño que en el hombre. ¡Puerilidades que se convierten luego en buenas ó malas acciones!

Los frenólogos dicen que esto es debido á la disposicion de los órganos; será así, pero por lo mismo, es mas imperiosamente necesario que haya alguien que los estudie, que los modifique, que fomente el desarrollo de los unos en detrimento natural de los otros. ¿No es á espensas la una de la otra, que se desarrollan las facultades físicas é intelectuales? Pues bien, que los órganos nobles triunfen, anonadando á sus contrarios. La naturaleza que ha puesto la triaca junto al veneno, ha puesto la madre junto á la cuna del recién nacido, y ha puesto en el corazon de la madre, esa sublime intuicion, esa maravillosa perspicacia que la hace prever los peligros antes de que aparezcan.

Pero la madre, hoy materialista, no reverencia en su recién nacido la partícula divina que anima á aquel frágil cuerpo, no vé mas que el cuerpo mismo, y funda toda su gloria y su felicidad en que el niño esté gordo, tenga las mejillas sonrosadas, y se halle envuelto en blancos y finísimos pañales. Esto es mucho sin duda alguna, pero no es bastante. El niño podrá no comprender, podrá no raciocinar, pero es innegable que siente, mira y observa; es un alma nueva á la cual todo sorprende y llama la atencion; es un pedazo de blanda cera, sobre la cual se graban indeliblemente cuantas impresiones recibe. ¿No has observado los ingeniosos artificios de un niño casi recién nacido para obtener lo que desea? ¿No has observado la tenacidad de su llanto hasta que lo ha conseguido, y sus risas triunfantes al poseerlo? Pues eso prueba que su alma y su pensamiento ya funcionan. ¡Ay de aquel cuyas primeras impresiones no le conduzcan hácia el cielo!

Haz á un niño que copie una plana equivocada: cuando sea mayor, conociendo los errores que contiene, tal vez quiera enmendarla; pero mientras la plana exista, siempre conservará la huella de las enmiendas, y la sombra de los borrones.

Así será el alma del recién nacido, cuyas primeras impresiones fueren erróneas y perniciosas. La edu-

cacion intelectual puede empezar cuando se quiera; pero la moral debe empezar con la existencia.

Observa bien á las madres de todas las clases sociales: hasta los seis años, para ellas el niño es un dije, es un juguete; es la antigua muñeca de su infancia, á la cual visten y desnudan con verdadero entusiasmo; es, no te asustes de la comparacion, un pájaro lleno de monadas y de gracias, que las entretiene y las divierte. Hasta los seis años, ¿quién cuida de que un niño sea bueno, obediente y respetuoso? Lo más que hacemos es amenazarle con el bú si nos impacienta demasiado. Y como el bú nunca viene, y el niño comprende mucho mas de lo que pensamos, lo que hacemos es revelarle que nuestros lábios pueden pronunciar una mentira innoble.

Y á este tenor, cuántas ideas estúpidas, cuántas creencias groseras y absurdas estampamos en su mente, que más tarde, descubierta la verdad, nos harán perder nuestro prestigio! No pudiendo concebir que el niño tenga alma, ni nos recatamos de él para ejecutar acciones reprobables, ni nos abstenemos de pronunciar en su presencia palabras discordantes, que como la semilla arrojada en un fértil campo, florecerán á su tiempo y nos darán su fruto.

Por la misma razon, nada de corregir sus nacientes vicios: si hace pedazos sus juguetes, es natural; si atormenta ó acusa á sus amigos, es natural; si se mofa de sus superiores, es natural, y naturales son sus caprichos, sus terquedades y rabieta. Todo es natural é irreprochable hasta los seis años, y gracias que sus padres no se diviertan en enseñarles palabras obscenas, en hacer que se burlen de las personas respetables que concurren á su casa, ó en incitarles á ser desobedientes, porque todas estas monstruosidades en un niño, contrastando con su inocencia, son gracias que los padres ofrecen en espectáculo á sus parientes y amigos, los cuales por consigna, se ven obligados á aplaudirlas y á celebrarlas.

¡Ahí está, Enriqueta, ahí el secreto de la desmoralizacion del hombre, en esa fatal laguna de seis años!

Pero pasa ese término, y repentinamente todo cambia de aspecto. Al pobre niño ya nadie le llama hermoso, ya nadie se rie de sus travesuras, y lo que eran gracias se convierten en delitos. El padre que jugaba con él y se dejaba abofetear y escupir, le muestra un ceño adusto; la madre le dirige algunos sermones en un lenguaje hasta entonces desconocido, y sobre cosas cuya existencia jamás habia previsto. Le imponen la virtud con castigos, anteponen el helado deber á todos sus placeres, le presentan el bien entre lágrimas y privaciones, y el niño sobrecogido, irritado, confuso, aborrece lo que debiera amar, maldice lo que debiera bendecir, encuentra amargo lo que le hubiera parecido dulce, si lo hubiese mamado con la leche de su madre; y su conciencia y su razon

se hundan igualmente en un caos profundo y tenebroso.

¡Dichoso aquel á quien sus buenas cualidades instintivas le prestan alas para salir del abismo; desdichado, mil y mil veces desdichado, el que en su aturdimiento no acierta á separar la luz de la sombra; lucha y relucha entre las tenebras, y por fin sucumbe! ¿Qué harán luego los preceptores y los sábios para galvanizar este cadáver? ¿Podrán acaso conseguirlo con sus áridos discursos doctrinales, con los consejos de la fría razón? ¿Y á quién la culpa de tamaño estrago? ¡Es de la madre, Enriqueta, es de la madre, por no haber comprendido, por no haber reverenciado bastante la divina esencia de su hijo!

La abuela se interrumpió vivamente. Eduardo, terminado su exámen, venia á nuestro encuentro.

ÁNGELA GRASSI.

HERODÍAS.

(TRADICION.)

I.

Hace 19 siglos que en la ribera oriental del Jordán se levantaba una fortaleza denominada de Maqueronta, cuyos negros torreones y triples murallas, si bien baluarte y defensa contra los árabes de las orillas del mar Muerto, eran mirados por los hijos de Israel con cierto odio instintivo. Inspirábanlo, no tanto los negros calabozos que escondia, como ser á veces el grandioso castillo residencia del Tetrarca.

Un día armonizaban en sus espléndidos salones, con la cítara y el salterio, los músicos instrumentos importados de Roma por sus nuevos señores, y el argentino sonido de las copas del festín.

Herodes Antipas, rodeado de lo mas lucido de su córte, celebraba en medio de su grandeza, y entre las personas mas queridas de su corazón, el aniversario de su nacimiento.

Su faz, habitualmente sañuda, aparecia en aquel instante serena; toda desconfianza ó temor se habia desvanecido con el vapor de los licores y la presente felicidad, esa otra embriaguez de mas doloroso y terrible despertar que la primera.

Herodes estaba satisfecho, porque encadenado el Bautista en el mas lóbrego calabozo de Maqueronta, no le turbaba ya en sus placeres con severas censuras y tristísimas predicciones.

Empero en medio del festín y al lado del Tetrarca, el corazón de Herodias rebotaba de encono, por-

que el Santo habia muchas veces dirigido estas palabras á Herodes:

«El ojo de Dios está fijo sobre tí, porque guardas como esposa á la mujer de tu hermano.»

Y la princesa temblaba, porque la acusación era cierta, y como un vienteillo letal la perseguia de continuo.

Mas llegó la noche, y encendiéronse candelabros de plata y oro, quemáronse sabéos perfumes en afiligranados pebeteros, los cantores y cantoras entonaron sus mas armoniosos coros, y jóvenes hermosísimas aumentaron el placer, ejecutando difíciles danzas en torno de las mesas del festín.

De pronto suspendiéronse los bailes, enmudecieron los cantos, y volviéronse todos los ojos hácia las puertas del salón, no porque turbase la régia orgía el terrible *Mane, Thecel, Phares* del palacio de Baltasar, sino porque aparecia en ella una encantadora criatura, tipo el mas perfecto de la oriental belleza. Radiaba en sus rasgados ojos la alegría de la juventud, sonriendo su labio con la pureza de la niñez, mientras embellecian sus formas, aun no acabadas de contornear, todas las gracias de la adolescencia.

Su cabellera, negra y brillante como el ébano mas bruñido, separábase á ambos lados de la frente con una cinta de oro y pedrería, que, como la vitta romana, confundia sus cabos entre los ondulantes rizos que cubrian la espalda.

Y la joven permaneció inmóvil y muda ante el asombro que habia inspirado su presencia: luego cogieron lentamente sus níveas manos las puntas de un largo velo, anudado á su cintura, y las hijas de Terpsícore huyeron avergonzadas, murmurando en su fuga:

—¡Salomé; la hija de Herodias!

Porque sabido era, que la mas hábil danzarina no podia competir con la joven princesa.

De pronto resonaron los acordes de una música invisible, y Salomé, como arrebatada por los espíritus de la armonía, lanzóse en caprichosos círculos, y sus leves piés parecieron no tocar el pavimento, en los volubles y rápidos giros de una danza fantástica y voluptuosa.

Luego, como si descansar quisiera, mecíase blandamente á un suave y lánguido compás, como á un viento apacible las airosas palmeras del Cedron.

Y cuando los ocultos instrumentos resonaban mas vivos, arrebatábase de nuevo, flotando en torno suyo las gasas y cintas de su mágico traje, desvaneciéndola á veces en la aérea y vaporosa nube que la formaban.

Y los cortesanos retenian el aliento y la seguian con sus miradas, para no perder la mas ligera ondulación de su vestido, ni el menor movimiento de su airosa cabeza.

Pronto el respeto fué impotente para contener su

admiracion; los aplausos estallaron por todas partes, y la encantadora sirena dejóse caer muellemente á los piés del Tetrarca.

Herodes tendió al punto hácia ella, como Asuero hácia Estér, su cetro de oro, exclamando:

—Pide cuanto quieras; la mitad de mi reino no podria pagar tanta gracia y belleza.

Y los fascinados palaciegos acogieron con júbilo estas palabras; y la jóven fué á ocultar su contento en el seno de su madre.

Entonces la frente de Herodías resplandeció de orgullo, un relámpago de venganza centelleó en sus ojos, inclinóse sobre su hija, y besando su faz, murmuróle al oido una sola frase, más acompañada de siniestra sonrisa.

Y levantándose la jóven, postróse de nuevo á los piés del Tetrarca, diciendo con candoroso y persuasivo acento:

—¡ Oh Herodes! yo te pido en cumplimiento de tu palabra, que me des en un plato la cabeza de Juan el Bautista.

A esta sangrienta súplica, huyó de repente la alegría del Tetrarca, como huyen ante el simoun las arenas del desierto, como las espumas del mar ante la ola que las lleva; y conturbándose su espíritu, iban sus labios á proferir una excusa, cuando una mirada de Herodías cayó sobre sus vacilaciones, como la mano del verdugo sobre el hacha de su terrible ministerio.

II.

Pocos lustros han pasado: la potente grandeza de Herodes se ha desvanecido, como el sueño de un instante, como la alegría de una alborada.

Aquel Tetrarca, que á la peticion de una niña mandó derribar la cabeza de un santo, y bajo cuyo dominio habia de consumarse con la muerte de un Dios, el mayor de los crímenes y el mas inefable de los misterios, acababa de morir pobre, perseguido, y en pais extranjero.

Las personas que le fueron queridas, habian sido con los vientos de la proscripcion esparcidas por la tierra, como las hojas de una flor en las manos de un niño.

No eran bastantes para las culpables princesas la miseria y el destierro; pues como si llevasen en sus frentes un sello de infamia y reprobacion, huian de las gentes por miedo de ser rechazadas con espantosa crueldad.

Y Herodías atravesaba valles, trepaba colinas, vadeaba rios, esquivaba los poblados, y sin techo donde guarecer su cabeza, deteníase alguna vez á la orilla de los mares, ó sobre las crestas de los montes.

Allí tomaba unos instantes de reposo, suspiraba por Salomé, errante cual ella, y tornaba de nuevo á su perpétua peregrinacion.

Una vez, mientras el alba reteñia de nacar y violeta los visos del oriente, detúvose sobre una pequeña altura, donde se recostaba la antigua llerda, á cuyo pié corria el Segre, llamado entonces Sicoris.

Herodías fijó un instante sus ojos en la silenciosa poblacion, y la ancha corriente, enmudecida y oculta bajo una capa de hielo; luego dejó vagar su mirada por la vasta campiña, cuyos árboles deshojados y cubiertos de nieve pregonaban la crudeza del invierno, comparando aquella triste y devastada soledad con el páramo mas asolado aun de su corazon.

La princesa exhaló un suspiro, llevó las manos á su frente, y apartando hácia atrás sus cabellos cubiertos de escarcha, como en otro tiempo de diamantes, levantó al cielo su doliente y fatigada cabeza, implorando de la eterna piedad el descanso de la tumba.

Despues, cual si oyera de nuevo la omnipotente, aunque secreta voz que le gritaba, «sigue,» apartóse de la poblacion, y comenzó á descender hácia el rio.

Y la ciudad dormia y las aves no soltaban sus trinos, aun cuando los celajes de nacar y violeta tomasen un matiz anaranjado entre rosadas franjas que por instantes subian de color.

Y al reflejo pálido y blanquinoso que comenzaba á inundar las altas regiones de la atmósfera, divisó como una apariencia de mujer, que salia presurosa de entre la nevada maleza de la opuesta márgen.

Entonces clavó su mirada en aquella figura diseñada apenas, y de cuyos rasgos y facciones la naciente alborada no le permitia fijar una sola línea.

De pronto la vió pisar la orilla del rio, rodeado en aquel punto de colinas y malezas, retroceder un paso, inclinarse, coger un objeto y lanzarlo contra la cristalizada corriente.

Herodías no alcanzó á distinguir que el objeto arrojado por aquella mano desconocida, rebotó sobre el hielo, como por una superficie de mármol; mas vió á la en un principio vaguísima semejanza de mujer, que adquiria por instantes los contornos de la realidad, recoger con una mano su medio desprendido manto, y revolviendo en la otra el velo que cubria su rostro, lanzarse denodadamente al rio.

A los pocos pasos, el hielo crujió, grieteóse bajo sus piés, y pareciendo que los huia, sumergiése, dejando borbotar sobre ellos un líquido turbio y frio.

La princesa oyó un grito que la hirió como un dardo, viendo en el mismo instante vacilar y desvanecerse la mujer, trás un segundo de lucha.

Entonces con la rapidez del pensamiento lanzóse hácia el rio, que á la matutina claridad descendida ya hasta la tierra ofrecióse á sus ojos como una plateada superficie, en la que sobresalia un punto negro.

Y Herodías pisó rudamente el hielo, que no se movió bajo su planta, y llegó hasta aquel objeto que la atraia con estraña fascinacion, porque sus contor-

nos, que se aclaraban por instantes, representaban en aquella tersa planicie una cabeza humana; cual vió un día la del Bautista, rodeada de una gola de sangre en deslumbradora fuente de plata.

Y asaltada de un horrible presentimiento inclinóse sobre ella, y á la luz del sol, que en aquel instante rayó en el oriente, lanzó un grito desgarrador, y huyó por los campos como en alas de un torbellino.

Porque los témpanos de hielo habian cortado la garganta de la hija, como el rencor de la madre, la del Precursor de Cristo.

MARÍA MENDOZA DE VIVES.

TEATROS.

Bien anunciamos en la revista precedente que en la actual no podríamos detenernos á analizar las obras que se hubiesen estrenado, atendido el número de las mismas. Hoy añadiremos que las ya presentadas al público, de las que se destinan á las funciones de Pascua, casi todas se han dado á la escena en la misma noche. Por estas razones no podemos entrar en análisis y consideraciones, y nos contentaremos con dirigir á todas ellas una ligera ojeada. En el próximo número, final del año, tal vez hablemos con alguna mayor detencion, particularmente de las que mas hayan sobresalido; si bien éstas serán pocas, segun es de esperar, puesto que las producciones dedicadas á los presentes dias llevan por lo general otro fin que el de rendir un tributo al arte.

Pero antes de mentar los títulos de las obras á que aludimos, tenemos que cumplir con un triste deber, y es el de consagrar unas breves líneas á la comedia póstuma de nuestro malogrado compañero don José María de Larrea. *El amor y el amor propio* se llama esta comedia que se ha ejecutado en el coliseo del PRINCIPE con lisonjera aceptacion. Si su autor hubiese vivido en la actualidad, nada de ella habríamos dicho obligados por nuestras circunstancias de compañerismo. Hoy que la muerte le ha arrancado con fiereza de nuestro lado, ya por desgracia no parecerán interesadas las alabanzas en nuestra boca. *El amor y el amor propio* es una obra basada en un pensamiento moral, y ya esto es de por sí una buena circunstancia, aunque tal pensamiento carezca de una gran novedad. La estructura de esta composicion es sencilla y clara: no tiene escenas de grande energía, ni rasgos extraordinarios, pero se halla discretamente pensada, desarrollada con buen sentido, y en particular escrita con bastante tersura y facilidad. El público la oyó con agrado y le tributó sus

aplausos. ¡Triste obsequio que no podia llegar hasta el infeliz autor en el principio de su última morada!

La empresa del PRINCIPE se ha hecho acreedora á justas alabanzas por haber estrenado esta comedia á beneficio de la abandonada familia del jóven escritor. Una buena accion vale mucho más que el mayor triunfo artístico.

Entrando ahora á repasar los demás coliseos, empezaremos por los líricos españoles. El Circo ha dado una zarzuela en tres actos y en verso, de D. Mariano Pina, llamada *Un trono y un desengaño*. A juzgar por el título, la obra debe tener pretensiones nada comunes. Tres compositores la han puesto en música, á saber, los señores Inzenga, Reparaz y Arrieta. Nada podemos decir todavía de cuenta propia acerca de las condiciones de esta obra porque no hemos asistido á su representacion; pero fiándonos en los carteles y en noticias particulares, consignaremos que es una produccion aceptable, ejecutada medianamente.—La que en este coliseo se estrena el dia de hoy para la funcion de la tarde se llama *Aventuras de un jóven honesto*.

En la ZARZUELA se ha estrenado tambien una en tres actos y en verso, *El secreto de una dama*, original de D. Luis Rivera. La hemos visto, pero no hablamos detenidamente de ella porque merece más espacio del que hoy podemos destinarle. Sólo diremos que el libreto es regular, teniendo en su abono la originalidad, algunos parajes interesantes, chistes de buena índole y forma literaria escogida; y en su contra falta de carácter general y uniforme en la composicion, inconsecuencia en los personajes é inverosimilitudes muy perceptibles. La música de *El secreto de una dama* ha sido escrita por el Sr. Barbieri. Es muy linda y chispeante, abunda en pasajes de ingenio y originalidad, y se halla instrumentada con esmero y gran riqueza de preciosos detalles y motivos.—Ambos autores fueron llamados á la escena. La ejecucion fué muy afortunada y homogénea.—El Sr. Barbieri dirigió la orquesta con energía y sumo acierto, imprimiéndole á ella y á los coros una perfecta marcha difícil de superar.—La obra destinada en este coliseo para la tarde de hoy es una farsa que se titula *El sombrero de la señora! ó ¡La señora del sombrero!*

En LOPE DE VEGA se ha estrenado una comedia titulada *Los criados*, arreglada del francés. Parece que ha tenido buen éxito, pero no hemos podido verla todavía. La otra produccion que tambien debe estrenarse es un drama original, nominado *La primera piedra*.

En VARIETADES se ha ejecutado por vez primera hace pocas noches una comedia en tres actos y en prosa, original del Sr. Zamora, *La piedra de toque*. Fundada en un pensamiento ya muchas veces desenvuelto en el teatro, no ha podido llamar notablemente la atencion, si bien se ha oido con agrado. Tiene escaso argumento para tres actos, lo cual la hace languide-

cer. En cambio tiene en su favor un diálogo desenfadado y suelto, cortado con facilidad, y muchos chistes que hacen reír.—*El suplicio de Tántalo* es la comedia destinada en VARIEDADES para la función de esta tarde; para la de la noche *La corte de los milagros*, también comedia nueva, original y de grandes esperanzas, que quisiéramos ver realizadas.

También NOVEDADES ha dado otra comedia de cuyo resultado nada sabemos todavía. Se titula *Pecados del Siglo XIX*. Ignoramos á cuáles se referirá, porque á la verdad es larga la lista para incluirla toda en una producción teatral.

Con lo que hemos dicho no hemos completado el número de obras que deben nacer á la luz en estos días. Algunas se nos han quedado por mencionar, pero estas aparecerán en la revista próxima y ya podremos dar algunas noticias acerca de ellas. Dejamos, pues, para entonces el consignar sus títulos y el éxito que hubieren obtenido.

Por ahora nos despedimos de nuestras amables lectoras, saludándolas cortesmente y deseándoles felices, felicísimas Pascuas.

DIEGO DE RIVERA.

LABORES.

No es esta á la verdad la época en que las labores de la mujer se ostentan en mas floreciente estado: la segunda mitad del mes de Diciembre, viene, desde tiempo inmemorial, consagrándose á ocupaciones mas placenteras, y la aguja de la mujer, lo mismo que los trabajos caligráficos ó financieros del marido, tienen en este mes un paréntesis de reposo, paréntesis consagrado á reuirse las familias; á frecuentar los teatros y las diversiones; á celebrar, en fin, con toda clase de regocijos y de buenas obras, que el buen cristiano debe unir siempre á todas las expansiones de su corazón, el misterio mas grande de nuestra Religión, la venida del Redentor del mundo.

Hé aquí porqué nuestra sección de labores ocupa hoy tan reducido espacio.

Dos son, sin embargo, las que muestra nuestro grabado: la primera es unos *broches* ó *muletillas* de pasamanería hechas á *crochet*: la segunda una *cenefa* bordada con *cordón* ó *trencilla* para diversos objetos.

Aunque las señoritas inteligentes en *crochet* no necesitarán explicación de una labor tan sencilla, diremos, no obstante, algo acerca de su ejecución.

Principiase la estrella grande por el centro, y por seis puntos sencillos: sobre ellos se harán doce puntos, uno en el aire entre cada uno, y á las vueltas siguientes se hará un punto doble en cada punto, ha-

ciendo siempre sobre el punto sencillo otro sencillo, lo que irá formando el pico: cuando estos tienen el tamaño necesario, se hace alrededor una vuelta de cadeneta, sujetando los extremos de los picos, y sobre ella otras dos dobles, aumentando los puntos necesarios para que la labor no resulte encogida: ahora falta solo el feston, que se compone de una vuelta formada por presillas de cinco puntos, y otra encima, contrariadas las presillas.

Las estrellas pequeñas se empiezan de la misma manera, por el centro, y se trabaja en redondo también, solo que se componen de menos vueltas, y por eso resultan mas chicas: el feston no es igual, porque en estas, despues de las vueltas dobles que sujetan los picos, se hace el feston, compuesta cada onda de un punto doble, tres barras y un punto doble, repitiendo lo mismo en la onda siguiente: una cadeneta lisa une las tres estrellas concluidas, y en la cruz que forman, se hace una roseta ó nudo de vueltas dobles, de la cual parte la presilla, en una de las *muletillas*, y en la otra sujeta el botón.

Esta labor puede hacerse con algodón, estambre ó seda, segun el objeto á que se destine, y sirven para todo género de trajes y abrigos, así de señora como de niños.

El segundo modelo que representa nuestro grabado, es una *cenefa* bordada con *trencilla* ó *cordón* y *cuentas de azabache*: citar el gran número de objetos á que puede aplicarse, seria interminable tarea: baste decir que lo mismo puede ponerse en trajes de niño que de señora, en abrigos de terciopelo que en otros de lana; y por último, puede hasta utilizarse en bordar un gorro sobre terciopelo con *cordoncillo* de oro, y las cuentas siempre negras: en este caso tres hojas unidas por el pié, ocuparian el centro del gorro.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

MODAS.

El intenso y penetrante frío que hemos sentido estos días, efecto de la gran nevada que ha cubierto al Guadarrama, ha impedido á las madrileñas frecuentar los paseos, y aun concurrir á la acostumbrada exposición de Nacimientos, tambores, zambombas y rabeles que para contentar á sus pequeñuelos les ofrecen los tinglados de la plazuela de Santa Cruz.

En los días que preceden á las fiestas de Navidad, el pensamiento que ocupa exclusivamente á los habitantes de Madrid es, el de los preparativos de convites y regalos: toda otra atención queda completamente relegada al olvido. Las reuniones de familia

en estos días, son una de las pocas costumbres que aun nos quedan de los antiguos tiempos: la moda de comer al anochecer ha quitado en mucha parte la colación de NOCHE-BUENA con la tradicional, sopa de almendra, pero ha respetado las invitaciones de Pascua á trinchar el pavo entre los parientes y amigos.

El carácter de confianza de estas reuniones no exige á las señoras de la necesidad de vestirse, que en ciertas solemnidades es en ellas hasta un deber.

En revistas anteriores hemos indicado los vestidos mas á propósito: en esta nos limitaremos á los prendidos y adornos de cabeza, parte muy esencial en estos soarés.

No nos detendremos en los prendidos en que juega la pedrería, porque estos no son para todas las fortunas: en ellos no acompañan flores: un rico peine, de oro con colgantes y agujas sujetan los grandes rulos del pelo, que hoy la moda agrupa sobre la frente.

En los prendidos mas modestos, unos *puffs* pequeños de cintas ó flores campean sobre cabezas jóvenes, sin darles el aire recargado y de mal efecto que suele haber en estos adornos cuando no están bien combinados.

Las redecillas con fondo de tul blanco bordado, guarnecidas de una blonda negra, con diadema de pimpollos de rosa, y algunas lazadas de entredoses de blonda negra, con puntillas blancas en las orillas, son un adorno sencillo y distinguido.

De mas efecto es otro prendido, formado por un rizado de blonda negra, adornado á un lado de un grupo de *rosas del Japon*, mezcladas con algunas flores de *No me olvides*: unas caídas de tul blanco, guarnecidas de blonda negra, vienen á anudarse por detrás. Este modelo gracioso y delicado, haria muy bien con un vestido de muaré azul.

Esplicacion del FIGURIN, número 691.

[Para las suscriptoras á dos figurines.]

FIG 1.^a TRAJE DE CALLE.—*Vestido* de terciopelo color de habana, adornado de tiras de terciopelo mas oscuro, y de otras de piel de marta.

Falda y *cuerpo* lisos, el segundo un poco de punta en el talle. Una tira de piel de marta guarnece el escote y baja unida por el pecho, abriéndose en la falda en forma de delantal, y continuándose alrededor de la falda á diez centímetros del borde: adornan el centro del delantal tiras perpendiculares de terciopelo mas oscuro.

Manga entreancha, de codo, adornada en la boca-manga y hasta el codo por una tira de marta.

Sombrero de terciopelo granate; un encaje blanco

va recogido en concha sobre el ala, á la derecha, y descende por la izquierda como un velete. Al mismo lado derecho lleva un grupo de plumas blancas, cruzando una el borde, para terminar en el rostrillo, y del mismo parte un *sprit*, blanco tambien: un encaje blanco guarnece el bavolet alrededor.

FIG. 2.^a TRAJE DE BAILE.—*Vestido* de glasé blanco adornado de tul negro de dibujo, y de cintas de terciopelo grosella.

Falda adornada al canto por cuatro bullones de tul negro: á una distancia graciosa del talle comienza un tablero al biés de cintas grosella, cuyos extremos por arriba ocupan cada uno una tabla, y por abajo terminan en un lazo con puntas, que descansan sobre los dos primeros bullones: este tablero va tambien colocado sobre un bullonado negro, que ocupa toda la estension del tablero, ahuecándose en cada cuadro.

Cuerpo escotado, con berta redonda blanca, cubierta de un bullon negro, sobre el cual se repite un solo órden de cuadros al biés, como los de la falda: un encaje blanco y otro negro terminan la berta al borde. En cada hombro lleva un lazo grosella, y en el pecho un grupo de hojas de yedra, hechas de terciopelo grosella.

Manga corta y hueca, terminada por un encaje blanco y otro negro, como la berta.

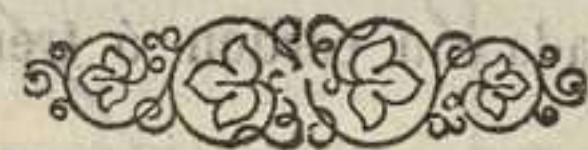
Peinado compuesto de dos bandós, uno hácia arriba, y otro hácia abajo, el mas alto rizado en ondas, y lazo por detrás, del cual descende un grupo de pelo, rizado tambien en ondas, que figura ser el extremo de los rizos: un peine rico sujeta el lazo, y una corona de hojas de yedra, hechas de terciopelo, completa el adorno de cabeza.

FIG. 3.^a TRAJE DE NIÑA DE SIETE AÑOS.—*Falda* de glasé azul, y *Sobretudo* de terciopelo negro, ceñido al talle, y con manga doble, la interior justa, y la exterior suelta y abierta en todo su largo, adornada de una hombrera *Médicis*. Una cinta de seda labrada guarnece este abrigo.

Botines altos de paño negro.

Sombrero marinero, de terciopelo negro, adornado de una pluma blanca.

AURORA PEREZ MIRON.



Por lo no firmado: El Director
Y EDITOR PROPIETARIO—P. J. de la Peña.

